



La Santa Sede

PEREGRINACIÓN JUBILAR DEL PAPA JUAN PABLO II

A TIERRA SANTA

(20-26 DE MARZO DE 2000)

ENCUENTRO INTERRELIGIOSO

DISCURSO DEL SANTO PADRE

Instituto Pontificio Notre Dame, Jerusalén

Jueves 23 de marzo de 2000

Distinguidos representantes judíos, cristianos y musulmanes:

1. En este año que celebramos el bimilenario del nacimiento de Jesucristo, me alegra mucho poder cumplir mi deseo, que albergaba desde hace mucho tiempo, de hacer un viaje por los lugares de la historia de la salvación. Me siento profundamente emocionado al seguir los pasos de los innumerables peregrinos que, antes que yo, han orado en los santos lugares vinculados a las intervenciones de Dios. Soy muy consciente de que *esta tierra es santa para judíos, cristianos y musulmanes*. Por eso, mi visita sería incompleta sin este encuentro con vosotros, distinguidos líderes religiosos. Gracias por el apoyo que vuestra presencia aquí, esta tarde, da a la esperanza y a la convicción de tantas personas de entrar realmente en una nueva era de diálogo interreligioso. Somos conscientes de que estrechar las relaciones entre todos los creyentes es una condición necesaria y urgente para asegurar un mundo más justo y pacífico.

Para todos nosotros *Jerusalén, como indica su nombre, es la "ciudad de la paz"*. Quizá ningún otro lugar en el mundo transmite el sentido de trascendencia y elección divina que percibimos en sus piedras, en sus monumentos y en el testimonio de las tres religiones que conviven dentro de sus murallas. No todo ha sido o será fácil en esta coexistencia. Pero debemos encontrar en nuestras respectivas tradiciones religiosas la sabiduría y la motivación superior para garantizar el triunfo de la comprensión mutua y del respeto cordial.

2. Todos estamos de acuerdo en que la religión debe centrarse auténticamente en Dios, y que nuestro primer deber religioso es la adoración, la alabanza y la acción de gracias. La *sura* inicial del Corán lo afirma claramente: "Alabad a Dios, el Señor del universo" (*Corán* 1, 1). En los cantos inspirados de la Biblia escuchamos esta llamada universal: "¡Todo ser que alienta alabe al Señor! ¡Aleluya!" (*Sal* 150, 6). Y en el Evangelio leemos que cuando nació Jesús los ángeles cantaron: "Gloria a Dios en las alturas" (*Lc* 2, 14). Ahora que muchos sienten la tentación de vivir su vida sin ninguna referencia a Dios, *la llamada a reconocer al Creador del universo y Señor de la historia es esencial para asegurar el bienestar de las personas y el correcto desarrollo de la sociedad.*

3. Si nuestra devoción a Dios es auténtica, exige necesariamente que prestemos atención a los demás seres humanos. Como miembros de la única familia humana e hijos amados de Dios, tenemos deberes recíprocos que, como creyentes, no podemos ignorar. Uno de los primeros discípulos de Jesús escribió: "Si alguno dice: "Amo a Dios", y aborrece a su hermano, es un mentiroso; pues quien no ama a su hermano, a quien ve, no puede amar a Dios a quien no ve" (*1 Jn* 4, 20). El amor a nuestros hermanos y hermanas entraña una actitud de respeto y compasión, gestos de solidaridad y cooperación al servicio del bien común. *Así pues, la preocupación por la justicia y la paz no es algo que quede fuera del campo de la religión; al contrario, es realmente uno de sus elementos esenciales.*

Desde el punto de vista cristiano, no corresponde a los líderes religiosos proponer fórmulas técnicas para la solución de los problemas sociales, económicos y políticos. Su tarea consiste sobre todo en enseñar las verdades de la fe y la recta conducta, y en ayudar a las personas, incluidas las que tienen responsabilidades en la vida pública, a ser conscientes de sus deberes y a cumplirlos. Como líderes religiosos, ayudamos a las personas a vivir una vida íntegra, y a armonizar la dimensión vertical de su relación con Dios con la dimensión horizontal del servicio al prójimo.

4. Cada una de nuestras religiones conoce, de una forma u otra, esta regla de oro: "Compórtate con los demás como quisieras que los demás se comporten contigo". Por más valiosa que sea esta regla de conducta, el verdadero amor al prójimo va más allá. Se basa en la convicción de que *cuando amamos a nuestro prójimo mostramos amor a Dios, y cuando lo ofendemos, ofendemos a Dios.* Esto significa que la religión no admite la exclusión y la discriminación, el odio y la rivalidad, la violencia y el conflicto. La religión no es, y no debe llegar a ser, un pretexto para la violencia, especialmente cuando la identidad religiosa coincide con la identidad cultural y étnica. *¡La religión y la paz van juntas!* La creencia y la práctica religiosa no pueden separarse de la defensa de *la imagen de Dios en todo ser humano.*

Aprovechando las riquezas de nuestras respectivas tradiciones religiosas, debemos difundir la convicción de que los problemas actuales no se resolverán si no nos conocemos los unos a los otros y permanecemos aislados. Todos somos conscientes de las incomprendiones y los conflictos del pasado, y sabemos que aún influyen mucho en las relaciones entre judíos,

cristianos y musulmanes. *Debemos hacer todo lo posible para transformar la conciencia de las ofensas y de los pecados del pasado en una firme decisión de construir un futuro nuevo, en el que sólo exista la cooperación respetuosa y fecunda entre nosotros.*

La Iglesia católica desea mantener un diálogo interreligioso sincero y fecundo con las personas de fe judía y con los seguidores del islam. Ese diálogo no es un intento de imponer a los demás nuestros puntos de vista. Lo que nos exige a todos es que, permaneciendo fieles a lo que creemos, nos escuchemos respetuosamente unos a otros, procuremos discernir todo lo que hay de bueno y santo en las enseñanzas de cada uno, y contribuyamos a apoyar todo lo que favorece el entendimiento mutuo y la paz.

5. *Los niños y los jóvenes judíos, cristianos y musulmanes* presentes aquí son un signo de esperanza y un incentivo para nosotros. Cada nueva generación es un don divino al mundo. Si les transmitimos todo lo que hay de noble y bueno en nuestras tradiciones, lo harán florecer en una fraternidad y una cooperación más intensas.

Si las diferentes comunidades religiosas en la ciudad santa y en Tierra Santa logran vivir y trabajar juntas con amistad y armonía, no sólo se beneficiarán enormemente a sí mismas, sino que también contribuirán a la causa de la paz en esta región. *Jerusalén será verdaderamente una ciudad de paz para todos los pueblos.* Entonces, todos repetiremos las palabras del profeta: "Venid, subamos al monte del Señor (...). Él nos instruirá en sus caminos y marcharemos por sus sendas" (Is 2, 3).

Volver a comprometernos en esta tarea, y realizarla *en la ciudad santa de Jerusalén*, significa pedir a Dios que mire con bondad nuestros esfuerzos y los lleve a buen fin. Que el Todopoderoso bendiga abundantemente nuestros esfuerzos comunes.